

es pensar en la existencia: gran tentación para los Superiores que con demasiada frecuencia se olvidan de que valen más y hacen más por el honor del Instituto diez súbditos buenos que cien medianos.

Fué la segunda causa el malhadado Decreto del primer Capítulo General, que concedió la tonsura y el bonete á los Coadjutores Maestros. Gran error de San José y de sus Asistentes. Es cierto que, cuando era poco numerosa la Orden, y se conservaba en ella la plenitud del fervor, no podían preverse las tristes consecuencias de semejante Decreto. Parecía muy justo que en algo se distinguieran los conversos empleados en los trabajos manuales de los profesores que estaban en contacto con los alumnos y con los padres de los mismos alumnos que con frecuencia pertenecían á las clases sociales más elevadas. En teoría no podía vituperarse el tal Decreto; pero pronto trabajaron para llegar al sacerdocio aquellos Hermanos que aparecían iguales á los sacerdotes en las clases, y que eran, no obstante, inferiores en las Ordenes sagradas: y el desastre no se hizo esperar. No podía consentir José en admitirlos al sacerdocio, porque hubiera sido trabajar en la ruina del Instituto. Podía ser capaz un Coadjutor de enseñar á leer y escribir, sin tener méritos suficientes para ser sacerdote; pero negarles el acceso al sacerdocio, era infundir en ellos el desaliento, y hasta llevarlos á la apostasía. Sabían muy bien que eran necesarios con el número tan considerable de fundaciones. En un principio no fué más que un malestar que se convirtió en enfermedad epidémica, cuando permitió Dios la intervención de aquel malvado Mario.

Para seguir las peripecias de este drama hemos considerado indispensable el estudio simultáneo de estas cuestiones, no entrando los otros autores en escena, sino cuando llegue á su colmo el mal para acabar con el Instituto. Sin embargo, no cesará de crecer la santidad de José en proporción de las pruebas, confirmandola Dios con incontestables milagros.

El impostor Mássimi había desacreditado á las Escuelas Pías en gran número de países, consiguiendo disminuir no poco su gran renombre. Compréndese la irritación de los que, estafados habían dado tan grandes sumas; no pudo ya establecerse el Instituto en aquellos países, y sólo después de mucho tiempo en algunos otros. No estaba satisfecho el infierno: con gran éxito comenzó por privar á la Orden de gran número de Coadjutores, precisamente cuando era tan escaso el número de Religiosos, sirviéndose de otros para promover grandes turbulencias, y finalmente para destruirla. Los primeros Hermanos tentados eran buenos conversos, y al principio resistieron á la tentación siendo su salvaguardia la sinceridad de su humildad; pero lo que ellos no hicieron, lo hicieron las reclamaciones de sus familias. El primer vencido, si puede llamarse derrota su muerte, fué el Hermano Marcos Cittarelli. En 1628, fué á pasar las vacaciones de otoño á Norcia su patria: estas solas palabras le di-

jeron sus padres y parientes: «¿Y cuando dirás misa?» Pregunta tan sencilla lo sumió en tal melancolía al considerarse imposibilitado para ser sacerdote, que murió algunas semanas después, 9 de noviembre.

La Congregación General de 1627 había determinado que se diera el bonete á los Hermanos Coadjutores empleados en la enseñanza, debiendo ser llamados Clérigos Coadjutores; que ocupasen lugar de preferencia con respecto á los otros Coadjutores; que podrían ser elevados á la misma categoría aun los conversos que no hicieran clase, cuando lo hallare ventajoso el Instituto. Pero establecía también el mismo Decreto que aquellos Clérigos jamás podrían llegar al sacerdocio. Parecía eliminada toda dificultad con semejante restricción: los Coadjutores podían ser tonsurados, pero nada más que tonsurados. Se había dado la ley en provecho de la Sociedad; mas no en provecho de sus miembros en particular. Pero las leyes son impotentes, cuando se oponen á las costumbres. Dos años más tarde, escribía á su General el P. Esteban. «El Hermano Juan me da no poco que hacer: á todo trance se empeña en ser sacerdote. Le he dicho que es pecado mortal semejante deseo, y que serán sacrilegas todas sus comuniones, mientras persista en tal aspiración, porque prometió el día de la profesión no pretender en la Sociedad ningún honor y ninguna dignidad: querer ser sacerdote es faltar á la promesa que hizo públicamente». Fué aquél el primer Hermano que reclamó, no tardando mucho en seguirle otros que creían que, ambicionando el sacerdocio, ni faltaban á sus votos, ni ofendían á Dios. En vano trabajó José para quitarles aquella ilusión, y rogando á Dios que les abriera los ojos, quedó asegurado en sus convicciones por un milagro. Frecuentaba nuestra Iglesia de Norcia una joven muy piadosa, dirigida por uno de los Padres, y que, aunque estaba en el mundo, vestía hábito religioso. Asistía con frecuencia á la misa y comunión que dos veces á la semana recibían los Clérigos estudiantes con los Coadjutores. Vió muchas veces á los Hermanos que de dos en dos se acercaban á la Sagrada Mesa precedidos de sus Angeles buenos en forma humana, marchando con majestad divina y con admirable fervor. En el momento de la comunión colocábanse con veneración al lado de cada Religioso, acompañándolos hasta dejarlos en su lugar. Semejante espectáculo la hacía soberanamente feliz. Pero una mañana vió que se adelantaba un Hermano que conservaba en su corazón el deseo de ser sacerdote: precedíanle una turba de horribles demonios saltando y danzando con alegría infernal, mientras le seguía todo lloroso su Angel bueno. Después de recibir las santas Especies apareció tan horrible como un demonio, mientras que con resplandor celestial, igual al de los ángeles, brillaba el semblante de los otros. Acabada la misa, fué la joven á echarse á los pies de su confesor, y le contó la terrible visión. El Padre llamó al punto al desgraciado, refiriéndole lo que había visto, y asegurándole el horrible fin



que le esperaba, si persistía en semejante designio. Aterrado el Hermano, se humilló, se confesó, detestó la falta, y recibió la absolución. A la siguiente comunión vió la joven tan resplandeciente como los otros, con la diferencia de que su buen Angel revelaba alegría extraordinaria. No todos los Hermanos tentados tuvieron la misma felicidad.

El 11 de mayo de 1630, escribía José al P. Esteban: «Respecto del Hermano Arcángel, siento mucho que esté enfermo; pero creo que no se halla bien interiormente después que ha llegado de su país, donde se han burlado algo de él, porque no es sacerdote. No saben esos pobres Hermanos que no consiste la perfección en ser sacerdote ó coadjutor, sino en amar á Dios; y puede amar tanto á Dios el hombre más rudo como el hombre más ilustrado. Que trabaje, pues, para adquirir ese amor con numerosos actos de humildad, pero sin pretender dignidad semejante.» Como se ve, iba fermentando el mal, que había comenzado poco después del primer Capítulo General, y una imprudencia aceleró su desarrollo.

Faltando profesores para tanto número de fundaciones, los Provinciales de Génova y Nápoles, admitieron como Clérigos á gran número de jóvenes que destinaron al sacerdocio. El demonio escogió aquel momento para inflamar el fuego que hasta entonces había estado oculto. Sin embargo, no sorprendió á José que estaba profundamente afligido. Ya en 1630 le había hecho conocer el Señor la tempestad que estalló cuatro años más tarde, y que, pasados diez y seis años, había de destruir totalmente su Orden, afigiéndole sobremanera aquella certidumbre mucho antes de llegar á la realización. Puede decirse que gota á gota iba destilando aquel dolor en su corazón desde aquel mismo tiempo. Una noche entró el P. Berro en su habitación, y lo encontró inundado en lágrimas; le preguntó la causa, y le dijo: «Los Padres Provinciales de Génova y Nápoles me están destruyendo la Orden, concediendo con tanta facilidad la tonsura á los Hermanos Coadjutores y á otros muchos». Vemos, pues, lo fundada que era aquella previsión, no entrando en escena el P. Mario hasta que vió los espíritus suficientemente excitados.

En efecto, á principios del año 1630 el P. Provincial de Nápoles dió el hábito de la Sociedad al P. Mario Sozzi que tenía ya 42 años. Y parece que á él se refería el Santo General, cuando el 2 de febrero escribía al Maestro de Novicios, diciéndole: «Recomiende al P. Provincial que sea más prudente en la admisión de Novicios, sobre todo, cuando son avanzados en edad».

Redobló sus esfuerzos el demonio, agitando á los más antiguos en la Orden, para hacerlos prevaricar sin manifiesta apostasía, y lo consiguió con gran número de ellos. ¡Quién lo creyera! Ganó al P. Esteban Cherubini, á quien el mismo José había dado el hábito de la Congregación Paulina el 19 de noviembre de 1617, hacía más de trece años, y del cual se había servido muchas veces, atendiendo á su gran habilidad; pero lo ganó

con una caída vergonzosa, de esas ¡ay! de que difícilmente se levantan los sacerdotes. Con gran sentimiento suyo se vió obligado nuestro Santo á incoar un proceso de información, y mientras se seguía canónicamente la sumaria, hizo que á principios de abril de 1631 lo reemplazase en su cargo el P. García, uno de sus mejores compañeros. Pero el P. Cherubini que era de familia muy poderosa, tenía todavía padre, el célebre Laercio Cherubini, y un hermano llamado Claudio, de mucho prestigio en Roma, principalmente en el palacio del Cardenal Ludovisi, Vicecanciller de la Santa Iglesia, y sobrino de Gregorio XV, y en el del Cardenal Francisco Barberini, sobrino del Papa reinante, Urbano VIII. Pretextando el honor de la familia, el señor Claudio Cherubini obtuvo de los Cardenales la orden de rasgar el proceso, y de dar al P. Esteban un cargo honroso que justificara su llamada de Nápoles. Vióse obligado á ceder José ante influencias tan poderosas, y escribió al P. García: «Echad tierra á ese proceso de modo que sólo nosotros tengamos conocimiento de él. Dénos Dios su gracia para aplicar los remedios necesarios para bien de la Religión en cuyo servicio he hecho todo lo que he sabido y podido. No quisiera que pereciese por falta de prudencia en su dirección.» Llamó al P. Esteban, y lo nombró Visitador General, con la misión de fundar nuevas Casas en Norcia y en otros lugares. De ningún resultado fué para el P. Cherubini aquella gran caridad del bienaventurado Padre, que, andando el tiempo, encontró en ella abundante semilla de disgustos. No habiendo podido obtener un Clérigo Coadjutor de Nápoles que se le elevase al Sacerdocio, se vengó deslealmente; porque, conocedor de la falta del P. Cherubini, escribió un memorial lleno de calumnias contra la Orden, insistiendo especialmente en la falta de aquel Padre, falta que había quedado impune, y lo hizo llegar al Cardenal Provicario, y á su Vicegerente el Cardenal Vicario, que estaba entonces en legación. Asustóse con aquella noticia el P. Cherubini que se hallaba en Ancona; pero José, con su gran corazón, se apresuró á infundirle confianza, y, á pesar de todos los disgustos que le daba, le escribió el 12 de febrero: «No tema V. R., porque le defenderé con el mismo tesón que he empleado hasta la fecha.» Pero el Cardenal Antonio Barberini, hermano del Papa, y Provicario entonces, era Prelado lleno de religión y de celo, y quedó fuertemente impresionado con aquel memorial, en que se daban proporciones enormes á los hechos. ¿Qué Orden era aquella en que se dejaban sin castigo faltas semejantes? Mandó llamar al P. General, y en su misma antecámara, y en presencia de gran número de personas de calidad, le hizo los más severos cargos, en los términos más mortificativos. 77 años tenía entonces el humilde anciano que por su categoría y por su edad merecía más consideraciones, y con humildad cristiana se puso de rodillas, como un ángel, sin decir una palabra en su defensa ante calumnia tan atroz. Profundamente edificados quedaron



todos los asistentes, apareciendo en situación difícil el Cardenal ante un hombre que nada respondía á palabras tan importunas. Cuando terminó, José le dió las gracias, y le suplicó le concediese una audiencia privada, á lo cual no pudo negarse el Cardenal. Condújolo á su cámara, y en pocas palabras, le contó José lo que hemos relatado más arriba. Había comenzado á cumplir escrupulosamente con su deber de Superior, y sólo ante la imposición del Cardenal Vicecanciller, y sobre todo, de su propio sobrino, el Cardenal Francisco Barberini, había interrumpido la sumaria. No había nada que contestar, y el Provicario del Papa quedó profundamente edificado ante la humildad, la paciencia y la rara prudencia del Santo. Y ciertamente que en nuestra opinión es la prudencia la virtud sobresaliente de nuestro héroe. Hubiera podido justificarse ante toda la concurrencia, y así parecía que lo reclamaban su honor y el de su Instituto: pero entonces ponía de relieve la evidente injusticia del poderoso hermano del Papa; lo cual siempre es peligroso, cuando se trata con un Superior que se ha revelado tan manifiestamente imprudente. Su fe ante la autoridad que representa á Dios, aun cuando puede engañarse, lo mismo que su humildad en tan trabajosa escena, le impidieron defenderse aun teniendo toda la razón, y nada perdió por eso su justificación. Inmediatamente escribió al P. Esteban: «Nos ha librado el Señor de un gran peligro, porque la malicia y la astucia del demonio habían conseguido no pequeño triunfo, acusando á V. R. ante los Superiores mayores.» Sin embargo, no quedó sin castigo la falta del P. Cherubini, como se ve por la carta del P. General al Padre Graziani en 25 de abril de 1634. «Como sabe V. R., el P. Esteban no tiene ya voz deliberativa, por razones que todos sabemos.»

No había sido obstáculo aquel incidente para que siguiesen su curso en el Instituto las revoluciones intestinas. El desaliento se apoderaba de los mejores Religiosos, aun de los que había colocado José á la cabeza de las Escuelas y de los Noviciados, y se pasaban á otras Comunidades á pretexto de hacer vida más perfecta y penitente. El 28 de agosto de 1633 escribía José á Florencia: «Dos Religiosos nuestros acaban de hacerse vuestros vecinos en el desierto de los Camaldulenses. Les permití marchar apenas me descubrieron su pensamiento. No encontrarán en mí obstáculo alguno los que quieran seguirlos, pues creo que vale más quedarnos con pocos bien dispuestos para la verdadera observancia, que con muchos mal unidos.»

Otros se hicieron Franciscanos Observantes, algunos Cistercienses, no faltando quienes se hicieron Capuchinos, Carmelitas Descalzos, Agustinos Reformados, ó de otras Ordenes. Era tan fácil San José para abrirles la puerta, que él mismo pedía el permiso para que sus Religiosos entrasen en Ordenes menos severas, obteniendo lo que en Cancillería se llama un Breve *ad laxiorem*. Obraba así en obsequio de los que, habiendo puesto

santamente la mano en el arado, miraban atrás, y no tenían bastante virtud para resistir á la tentación. Hacíalos volver sobre sus pasos, llevando de este modo la paz á sus conciencias y á su Instituto. En una carta dirigida al P. Alacchi, en 1633, le daba cuenta de todos estos sucesos. «El enemigo del género humano persigue á todos los hombres en general y á cada uno en particular: se ve esto principalmente en las Religiones, y hoy nos toca á nosotros. Tienta á todos los que encuentra débiles en la virtud, y especialmente en la virtud de la humildad. Hubiera querido destruir toda nuestra Orden, pero, como no le ha sido posible, ataca á los individuos uno por uno, y no son pocos los que han sucumbido ya bajo el engañoso pretexto de mayor perfección; no faltando quienes han querido manifestarse convencidos de que era nula su profesión. Todavía luchamos con algunos de estos últimos, y ojalá que con estas salidas, ó de otra cualquier manera, separase nuestro Señor la cizaña del buen grano. Espero que lo hará así, si no enteramente, en gran parte.»

Plácenos citar las mismas palabras de nuestro Santo: nos abren de par en par su alma, y nos revelan el desconcierto en que se encontraba su Orden. Otra vez escribía al P. Cherubini que todavía estaba en Ancona. «Desearía que hicieran que orasen los niños de diez en diez ó de doce en doce en la Capilla, mañana y tarde, para recomendar al Señor los graves intereses de la Religión. Si tienen reservado el Santísimo, convendría tener abierta la puerta del Tabernáculo encendiendo también algunas velas. Si no pudiera ser, que oren devotamente en la Iglesia.»

Para disminuir las disensiones, con suma facilidad permitía el Santo que pasasen á otras Ordenes sus Religiosos, siendo por el contrario muy estricto en la admisión de nuevos Novicios. Recomendamos á todos los Superiores de Ordenes Religiosas la siguiente carta que merece ser subrayada. Escribía al Padre Castelli que estaba en Florencia; «No tema V. P. ABRIR CIENTO PUERTAS en lugar de una, para que salgan todos los Religiosos; pero cierre NOVENTA Y NUEVE Y MEDIA para permitir la entrada á los que se presenten». La puerta de entrada que jamás quería que se abriera era para los Religiosos de otras Ordenes, aunque las abría todas á los que querían cambiar de Instituto. ¿Cómo, decía, amarán á la madrastra, si no han podido amar á su madre? Hermosa máxima que deben estudiar con detención los que no titubean en recibir á todos los *veletas* de todas las comunidades. Adaptando á este principio su conducta, negó la entrada á un Religioso muy bueno, predicador notable, que vivió y murió en gran reputación. Tenía aquel sacerdote gran estimación por las Escuelas Pías; por todas partes decía que era la primera Orden de la Santa Iglesia, y con las más vivas instancias pidió ser admitido. Inexorable fué nuestro Santo. Por el contrario, muchos de sus mejores súbditos que entraron en otras



Comunidades, engañados por el demonio que les permitía entrever otra vida más perfecta, bien pronto perdieron todas sus ilusiones, y volvieron á su primitivo estado. Como buen padre, recibía José con los brazos abiertos á los que sabía él que obraban de buena fe; pero jamás quiso volver á tomar los sembradores de la cizaña, pues conocía que habían de comenzar siempre de nuevo. Y sin embargo, en aquellos momentos le hacían falta diez mil Religiosos para atender á las peticiones que le llegaban de todos los países.

Compréndese la magnitud de la tristeza de su corazón, no pudiendo trabajar en la viña del Señor, como eran sus deseos; pero con inquebrantable confianza consolábase en el seno maternal de la Santísima Virgen, especial Protectora de las Escuelas Pías. Echado á sus pies, no temía ante las conjuraciones del infierno, esperando confiadamente en su socorro.

Hemos dicho que comenzaron aquellas tempestades en 1632, cuando fué nombrado General vitalicio. La sabiduría de su gobierno debía salvar del naufragio á las Escuelas Pías. Educaban aquellas Escuelas muchos millares de niños en la fe, en la piedad y en las buenas costumbres: el fervor de los maestros se comunicaba á los discípulos, y el demonio levantó desechas borrascas para ahogar una Orden tan nueva todavía. Ya hemos dado cuenta del primer medio empleado; pero sucesivamente fué haciendo uso de otros muchos. Viendo los Coadjutores, ó más bien los simples Conversos, que habían sido hechos Clerigos algunos de entre ellos, quisieron serlo también aun aquellos que aparecían de menos capacidad. Los que habían recibido la tonsura querían ser sacerdotes: aquello era verdadero contagio. Al comentar situación tan triste, escribía el Santo: «A toda costa quiere ser sacerdote el H.º Juan: está bien; pero como fué recibido en la Sociedad en calidad de Coadjutor, hacerlo sacerdote sería comprometer toda la Orden. Casi tan merecedores como él se considerarían otros en seguida, y entonces, querrían llegar al Sacerdocio aun los más incapaces. Deberá el H.º Juan resignarse á quedar lo que es actualmente, porque sus pretensiones vienen de su orgullo, y los orgullosos, si no se enmiendan, ni pueden permanecer en nuestro Instituto, ni ir al cielo». Era orgulloso ciertamente el H.º Juan, pues no se sometió á las amonestaciones de su Superior, que volvía á escribir poco después. «Ese Hermano hará lo que hizo el Coadjutor Marcos de Norcia, que murió de pena, porque le dijeron: Y tú, ¿cuando dirás misa? No conoce ciertamente la magnitud de la responsabilidad de los sacerdotes, y cuán ligera es la carga que llevan los Coadjutores».

No se sorprenderán ante aquellas disensiones los que conocen el humano corazón. No todos los Coadjutores aspiraban al sacerdocio: los mejores estaban muy contentos con su vocación; pero los menos fervorosos, y especialmente los más pobres de inteligencia, tenían las más exageradas pretensiones, y como siempre, dejábanse seducir los más débiles por sus detestables

consejos. De este modo se formaron tres partidos en el Instituto de las Escuelas Pías: los mejores, que perseveraron hasta el fin, y resucitaron la Orden después de la muerte de José; éstos eran los más numerosos: los malvados, que estaban en gran minoría, pero que eran los más tumultuarios y los más perversos: en fin, los que nada resuelven por sí, las medianías, los débiles que, sin pensar en ello, aumentaban el partido de los revoltosos. Vino á aumentar el desorden la enojosa intervención de la autoridad eclesiástica.

Tenia gran disposición para las Matemáticas el Hermano Ambrosio Ambrosi, y por orden del General nada se había omitido para desarrollar aquellas aptitudes, de manera que se había hecho muy fuerte especialmente en la parte militar, según ya hemos dicho en un capítulo anterior. El gran duque de Toscana, Fernando II de Médicis, había escogido para preceptor de sus hijos, los duques Carlos y Leopoldo de Médicis, más tarde Cardenales, al Hermano Francisco Michelini también muy fuerte en Matemáticas. Consideróse éste muy feliz en presentar al Gran Duque á su Hermano, haciendo que lo aceptase como profesor de Matemáticas militares. Ambos se hallaban perfectamente y muy considerados por su ciencia en la Corte. Ya había tentado á Michelini el demonio, llevando á su corazón el deseo de ser sacerdote, pero había vencido aquella tentación, porque era muy virtuoso. Más imperfecto Ambrosio, fué vencido, y pronto conquistó al Hermano Michelini. Los dos, pero en particular Ambrosi hicieron ver á sus discípulos lo poco honroso que era para tan grandes príncipes tener por preceptores á dos legos.

A principios de 1636 pidieron á San José los dos príncipes con las más vivas instancias que hiciera elevar al sacerdocio á sus dos Maestros. Hallándolo inquebrantable, acudieron al Gran Duque, su hermano mayor, y al Cardenal de Médicis, su tío. Por su orden, dió todos los pasos cerca del P. General su embajador en Roma, el cual llegó á decirle que, si no cedía, acudiría á la Sagrada Congregación, y aun al Papa, si era necesario. Difícil era la cuestión, y la Congregación General deliberó largamente. Si se oponían, todas las resistencias serían vencidas ante el Papa por el omnipotente crédito de los Médicis: si cedían, abriríase de par en par la puerta hasta entonces cerrada á peticiones del mismo género. El 30 de abril de 1636, examinó la Congregación más detenidamente las actas del Capítulo General de 1627, y resolvió que, aunque los decretos prohibían á los Coadjutores el aspirar al sacerdocio, sin embargo no prohibían al General que hiciera alguna excepción en algunos casos particulares. Y puesto que, de todos modos habían de conseguir su objeto aquellos dos Hermanos, valía más admitir aquella interpretación que ponía á salvo los derechos del General, que exponerlos á que fuesen violados. Sólo una restricción se añadió á aquella decisión: esto es, que antes de ser promovidos